SIGLO 2º

CAÍDA DE GRECIA Y DESTRUCCIÓN DE CARTAGO.

SUMARIO.

—

Grecia.—La liga aquea bajo la dirección de Filopémenes (213—183).
Macedonia.—Filipo V (220—179).
Roma.—Situación de Roma después de la segunda guerra púnica.—Guerra hispánica (204—151).—Guerra contra Antioco III (193—190).—Guerra macedónica; caída de Perseo (171—167).—Tercera guerra púnica; destrucción de Cartago (149—146).—Sumisión de Grecia (147—146).—Guerra lusitana; Viriato (150—139).—Guerra numantina (140—133).—La revolución de los Gracos (133—121).—Los romanos en la Galia meridional (125—120).—Guerra númida; Yugurta [111—105].—Mario vence á los *teutones* y *cimbrios* [102—101].
Egipto.—Los *Lágidas* durante el siglo 2º a J. C.
Los Partos.—Reinado de Mitrídates Iº [175—136].
Pueblo de Israel.—Los Macabeos (168—136).—Judea independiente (135.)

GRECIA.

La liga aquea bajo la dirección de Filopémenes (213—183).—A la muerte de Arato apareció en primer término entre los aqueos el esforzado Filopémenes que fué el alma de la liga en los postreros tiempos de Grecia independiente. Pusiéronse á prueba las dotes del nuevo caudillo de la liga en la guerra que ésta empeñó con Esparta (207), cuyo príncipe Macánidas quedó completamente derrotado, y el vencedor, que siempre tuvo fama de experto, fué saludado en los juegos némeos de aquel año con el nombre de restaurador de la fama helénica. Nabis, sucesor de Macánidas, ejerció una intolerable tiranía en Esparta y provocó á la liga aquea que le venció y libertó de su dominación á los lacedemonios, los cuales entraron á formar parte de la alianza. La influencia de Roma en los asuntos interiores de Grecia se hacía sentir

desde algunos años atrás, y la misma liga aquea estaba minada por la astuta política del Senado. El particularismo de Esparta no tardó en sobreponerse á las consideraciones de interés general, y aquel Estado del Peloponeso se separó de la liga. Filopémenes castigó cruelmente esa sublevación: ocupó á Esparta con un ejército, mandó matar á los principales jefes de la revuelta, derribó las murallas de la ciudad, y abolió las instituciones de Licurgo, obligando á los espartanos á educar á sus hijos según las costumbres aqueas (188).

Cuatro años después, Mesenia gobernada por el tirano Dinócrates, se rebeló también contra la liga, y Filopémenes, aunque septuagenario, marchó con escasas fuerzas contra los mesenios; pero estos lo derrotaron y lleváronle prisionero á su ciudad donde poco tiempo después fué condenado á beber la cicuta (183). Licortas, su sucesor en el mando de la liga, le vengó haciéndose dueño de Mesenia.

Filopémenes ha sido llamado, y con razón, *el último de los griegos*. Con su muerte decayó la liga aquea que se hizo desde entonces odiosa y despreciable, alternando en ella la servil complacencia hacia el Senado romano y arranques de ficticio patriotismo para rechazar la dominación de la vencedora de Cartago. Los cuarenta años escasos que median entre la muerte de Filopémenes y la completa sumisión de Grecia bajo la poderosa república romana marcan la agonía de aquel famoso pueblo; los aqueos vuelven á ser los representantes de la libertad helénica en los postreros momentos de aquellos griegos europeos que dejaron tan hondas huellas en la historia, pero el melancólico relato de su caída definitiva debe comprenderse en el capítulo de Roma.

MACEDONIA.

Filipo V. (220—179).—Bajo el reinado de este príncipe en quien concurrían los vicios y virtudes que distinguieron al gran Filipo, padre de Alejandro, comenzó la decadencia de Macedonia. Animado de ambición y contrario á la grandeza de los romanos, cuyo poder creciente le inspiraba justo recelo, el quinto Filipo se declaró á favor de los cartagineses después de la batalla de Canas (216). Los etolios, protegidos por los romanos, hicieron cruda guerra á Filipo durante seis años (211—205), y éste hubo de firmar una paz con Roma que fué de poca duración.

La política romana, libre de las atenciones que le exigió la segunda guerra púnica, apenas terminada ésta dirigió toda su actividad en daño de Filipo, y pudo romper la confederación griega ofreciendo libertad á cada uno de los estados que la formaban. El general Tito Quincio Flaminio, tan hábil político como experto capitán, secundó con admirable sagacidad la política del Senado, y el año 197 desbarató en Cinocéfalos á Filipo y su ejército obligándole á pedir la paz, que le fué concedida bajo humillantes condiciones (196). Entre otras, quedó ajustada la de que Macedonia sólo conservaría los territorios que de antiguo constituyeron su monarquía; se le despojó también de casi todas sus naves, y hubo de prometer que no emprendería guerra ninguna sin el consentimiento de Roma.

Filipo trabajó sordamente en lo sucesivo para recobrar su antiguo poderío, y á su vez la política de Roma se complacía en humillar más y más al orgulloso macedón. Este se mancló con el asesinato de su propio hijo Demetrio, á quien suponía adicto á los romanos, y ocupado en sus preparativos para declarar de nuevo la guerra á la poderosa república, murió en 179.

Sucedióle su hijo Perseo, bajo cuyo gobierno había de espirar el reino de Macedonia.

ROMA.

Situación de Roma despues de la segunda guerra púnica.—La larga lucha sostenida por Roma contra los cartagineses en el último tercio del siglo 3º terminó, según hemos visto ya, con el espléndido triunfo de la primera, pero ésta había pagado muy caro sus victorias. La población de Italia se hallaba diezmada con la muerte de un millón de sus habitantes que perecieron en los campos de batalla ó víctimas del hambre, de la miseria y de la peste. Trece años de guerra, á contar desde la batalla de Canas, habían devastado la Baja Italia desde el Volturno hasta el extremo meridional del Brucio y las orillas del golfo de Tarento; Pulla, Campania, Lucania y el Samnio quedaron asolados y yermos; el hábito de la guerra y la sed insaciable de botín inclinaron á los romanos hacia la vida militar, con lo cual se quebrantaron las antiguas tradiciones y las antes pacíficas costumbres de las gentes del campo; los ricos adquirieron grandes propiedades en los territorios más azotados por la guerra, con detrimento de la clase media que vendió sus heredades á vilísimo precio; y por último, se aumentó considerablemente el número de esclavos en Italia, los cuales fueron comprados en el extranjero y destinados á cultivar las vastas propiedades de los ricos, siendo tratados por sus señores de un modo severo y desapiadado.

La *paz de Escipión*, así llamada á la durísima que impuso á Cartago el héroe de Zama, no fué para Roma sino un corto respiro que le permitió lanzarse con ardimiento mayor por la senda de las conquistas, pues que un Estado esencialmente dominador cual lo era el romano no puede marcar á su arbitrio la línea que limite su ensanche y poderío. Así, las armas romanas no tardaron en esgrimirse contra los celtas y ligurios del Alta Italia que fueron sometidos después de muchos años de lides sangrientas; empeñáronse en bravos combates con los hispánicos, y alcanzaron durante el siglo 2º famosas victorias en Macedonia, Grecia y las tierras del Asia.

Con el triunfo de Roma sobre Cartago ganó el poderoso Estado itálico una ilimitada confianza en su fuerza, y se marcó el principio de su literatura, contribuyendo á ello la influencia de la civilización y de la cultura helénicas, el mayor conocimiento de las manifestaciones del espíritu griego, de las obras clásicas de sus escritores y de la bella literatura helenista. La historiografía fué entonces cultivada por los romanos y Quinto Fabio Pictor, grande analista, escribió en griego una narración conexa de la historia de Roma hasta el fin de la segunda guerra púnica. Otros historiadores, entre los que han de citarse á Catón el Antiguo, á Sempronio Tuditano y á Publio Mucio Scævola florecieron también en la segunda centuria anterior á la Era vulgar. Quinto Ennio, nacido en Calabria, escribió en exámetros latinos la historia romana y cultivó la musa trágica en producciones originales y en imitaciones del griego Eurípides. Plauto, siguiendo las huellas del más antiguo historiógrafo y poeta Cneo Nevio, trabajó con ardor para fundar la comedia nacional, tarea que llevaron á remate dentro del siglo 2º, el elegante Terencio (á quien llamaron el *Menandro latino*), Marco Pacuvio y Lucio Accio que se empapó en la lectura de los trágicos griegos. Catón el antiguo, Escipión Emiliano, Cayo Lelio y Sulpicio Galba fueron los más célebres oradores de la época, y la ciencia jurídica tuvo entonces egregios representantes en Licinio Craso, Sexto Elio Peto y Marco Lépido Porcina.

Guerra hispánica (204-151).—Apenas lanzados los cartagineses de España las águilas romanas quedaron dueñas de una gran parte de ese hermoso país, cuyos habitantes se apercibieron á luchar contra los nuevos dominadores. Indíbil y Mandonio, caudillos de los *ilergetes* y *ausetanos*, se alzaron contra Roma y el primero murió como bueno en una sangrienta batalla; Mandonio, fué entregado á traición y sufrió muerte cruel y afrentosa.

Pero la insurrección, lejos de apagarse, creció amenazadora hasta el punto de inspirar serios temores al Senado, el cual envió

á España (195) al cónsul Marco Porcio Catón, célebre por la austeridad de sus costumbres, acompañado de dos pretores, uno para la España Citerior y otro para la Ulterior—que así habían dividido los romanos España—siendo el Ebro el límite divisorio de las dos provincias. El nuevo general corrigió los abusos que sus antecesores dejaron establecidos, pero se mostró cruel y desapiadado en la guerra, logrando someter á muchos pueblos hispánicos Alzáronse en armas los *lusitanos* y los *celtíberos*, que fueron vencidos respectivamente por Cayo Calpurnio y Quinto Fulvio; y por último, Tiberio Sempronio Graco pudo extender las conquistas de Roma más al norte de España que no lo hiciera ninguno de sus predecesores (178-175).

El buen gobierno del padre de los Gracos fué sustituido por el de Furio Philón, rapaz personaje que fué causa de nuevas sublevaciones; Lúculo y Galba (151) que le siguieron, no eran mejores, y tanta opresión y tan desatendada codicia de parte de los invasores romanos hubieron de producir en lo sucesivo repetidos levantamientos de los pueblos hispánicos, doblegados algunas veces, pero nunca domados.

Guerra contra Antioco III (193-190).—El general romano Tito Quincio Flaminio, á quien hemos visto triunfar de Filipo V de Macedonia en la batalla de Cinocéfalos, declaró solemnemente después de su victoria, en nombre del Senado y del pueblo romano, libres é independientes á todos los Estados griegos que habían permanecido hasta entonces bajo la soberanía macedónica. Grande fué con este motivo la alegría de los helenos; pero la serie de guerras que los habían agobiado no les permitía bastarse á sí mismos y no tardaron en demostrar que era su irremisible destino pasar de la dependencia macedónica á la más dura y vigorosa de Roma.

Antes de caer para siempre, aquellos Estados vivieron aún algunos años en medio de la desunión, las rivalidades y los odios mezquinos que los impulsaron, unos contra otros, por espacio de varios siglos. Las ciudades libres de Grecia, después de la declaración de Flaminio, pretendieron que las situadas en Asia, de origen heleno, participasen de iguales franquicias, con lo cual lastimaron á Antioco III, monarca *seléucida* de Siria, quien sostuvo arrogantemente que en lo concerniente á los intereses de Asia no consentiría la intervención de los extranjeros. En contradicción con ese principio, él sí invadió el Quersoneso tracio (193) y avanzó en són de guerra hasta el Peloponeso contando con el auxilio de los inquietos etolios y de los no más prudentes espartanos. En cambio, Roma, Filipo de Macedonia temeroso de los planes y proyectos de Antioco, los reyes de Pérgamo y Bitinia y los rodios se unieron contra él, lo derrotaron en las Termópilas y en las aguas del Mar Egeo, y lo expulsaron de Grecia.

Siguiéronle en tierras asiáticas los cónsules romanos Cayo Lelio y Lucio Cornelio Escipión, hermano del vencedor de Zama y menos notable que éste; unióseles el rey Eumenes de Pérgamo, y atacaron al monarca de Siria á orillas del Hermos, cerca de Magnesia (190). Las tropas de Antioco fueron completamente destrozadas, y este rey firmó una humillante paz por la que se obligó á pagar á Roma 15,000 talentos en el término de doce años, á entregar todos sus buques y elefantes de guerra, y á ceder gran parte de su territorio del Asia Menor á los dos aliados de Roma, el rey de Pérgamo y la república de Rodas.

La política romana creyó conveniente no tomar para su estado ni un solo palmo de terreno, pero cuidó de fortalecer á su aliado el de Pérgamo á fin de contrastar el poder de los *Seléucidas*. Muy debilitado quedó por cierto este último, y desde entonces comenzó la decadencia del reino de Siria, fundado por Seleuco ciento diez y seis años antes de la derrota de Magnesia. Los turbulentos etolios fueron sometidos en 189, y su famosa liga quedó definitivamente disuelta.

Al terminar la lucha contra Antioco, la dominación romana se extendía desde *Gades* (Cádiz) y las fronteras occidentales de Numidia, hasta el río Halis (*Kizyl Yrmak*) en el Asia Menor. Enmedio de este gran desarrollo de su influencia y política exterior, el Estado romano se hallaba dominado por algunas familias de la más alta alcurnia, distinguiéndose entre todas la de los Escipiones y la de los Flaminios, Alzóse, sin embargo, contra ellas el austero plebeyo Ca-

tón, nombrado censor en 184, y que ya hemos visto figurar en la guerra de España. El rígido magistrado acosó de tal manera á Publio Escipión el *Africano*, y á su hermano Lucio, apellidado el *Asiático* por sus victorias contra Antioco, que obligó al primero á retirarse á Campania, dondé murió en 183, el mismo año en que su antiguo y digno adversario Aníbal se arrancaba la vida en Bitinia.

Cantón, que sobresalió en la guerra, en el foro y en el ejercicio de las más altas magistraturas, desplegó en la censura todo su valor civil y adquirió el sobrenombre del *Censor* con que lo conoce la posteridad. Sometió al Senado y al orden ecuestre á una minuciosa revisión que privó del cargo á siete senadores, y apoyándose en los poderosos elementes de las antiguas virtudes que existían aun en la nobleza y en la plebe, pudo enfrenar, annque transitoriamente, el lujo creciente y los abusos que en la sociedad y el gobierno romano se habían introducido á gran prisa, La influencia del Oriente se hacía sentir en todas las esferas de la vida romana, y Grecia, vencida por Roma, se vengaba de su dominadora avasallándola á su civilización brillantísima y á su corrupción incurable.

GUERRA MACEDÓNICA; CAÍDA DE PERSEO [171-167].—El último de los *Antigónidas*, Perseo, hijo y sucesor de Filipo V (179), heredó la aversión que éste mostró siempre á los romanos, pero supo disimular sus sentimientos durante los primeros años de su reinado. Robusteció las fuerzas de su Estado, aumentó el ejército macedón hasta el número de 40,000 hombres, allegó un copioso tesoro, procuró halagar á los volubles griegos ofreciéndose como el hombre que debía libertarles de la influencia romana y estableció relaciones amistosas con los rodios, con el rey Prusias de Bitinia y con el monarca *seléucida* de Siria, buscando en todos ellos apoyo contra Roma.

Aquel Eumenes, rey de Pérgamo, que tan ganancioso salió de las derrotas de Antioco, y á quien la astuta política de Roma mantenía como centinela avanzado de sus intereses en Oriente, informó al Senado de todos los aprestos y manejos de Perseo, y en consecuencia, los romanos enviaron á éste una embajada [172] que le presentó una serie de reclamaciones amenazándole con la guerra en el caso de que no diese satisfacción bastante. A su vez el orgulloso *antigónida* declaró que no buscaba la lucha, pero que si ésta la deseaba Roma, él se defendería como hombre y como rey de Macedonia.

Declarada que fué la guerra (171), todos los aliados con que creía contar Perseo se apartaron de su lado y le dejaron reducido á sus propios recursos. Un ejército romano mandado por el cónsul Licinio Craso entró en Tesalia y avanzó contra el macedón que tuvo la fortuna de derrotarle, pero lejos de proseguir sus triunfos dejó que el cónsul se retirara con las reliquias de sus desalentadas legiones y le propuso la paz que fué rechazada con altanería. La guerra continuó con varia fortuna durante tres años; los triunfos que Perseo logró alcanzar y la crueldad de los generales romanos produjeron en Grecia una corriente favorable á la causa de Macedonia, y el mismo Eumenes de Pérgamo se entendió secretamente con el *antigónida*, á reserva de abandonarle cuando la suerte se le volviese airada. Roma se decidió á terminar gloriosamente la contienda y escogió para tamaña empresa á un hombre digno de llevarla á cabo.

Paulo Emilio, hijo del intrépido cónsul que cayó herido de muerte en el campo de Canas, se había formado en las rudas campañas de España y Liguria; dotado de todas las cualidades de viejo romano, amigo de los Fabios, de los Escipiones y de Catón, era valiente, sobrio, elocuente y probo. Fué nombrado cónsul en 168, y recibió un ejército numeroso que debía aumentarse con el que tan mal regido hacía flojamente la guerra en Iliria y Macedonia. El nuevo jefe encadenó la victoria desde sus primeros pasos: restableció con mano enérgica la disciplina entre sus tropas, desalojó á Perseo, situado en los montes Cambunienses, y le empujó hasta Pidna, donde le desbarató por completo (22 de Junio de 168), pereciendo la monarquía de Macedonia al mismo tiempo que su ejército. El desventurado monarca, último de la dinastía de Antígono, huyó del campo de batalla refugiándose en Samotracia, y al cabo hubo de entregarse él mismo en manos del vencedor. Macedonia quedó dividida en cuatro cantones ó repúblicas que debían gobernarse independientemente entre sí, el país fue desarmado, y Roma impuso el pago de 100 talentos á cada una de aquellas cuatro porciones. Paulo Emilio, después de haber castigado cruelmente á los ilirios y epirotas que habían favorecido á Perseo, regre-

só á Italia y entró triunfalmente en Roma. Esta fiesta, que se celebró á fines del año 167, duró tres días y fué la más suntuosa y brillante que hasta entonces había presenciado el pueblo romano. Detrás del carro del vencedor marchaban encadenados Perseo, su familia y Gencio, rey de los ilirios.

Cuando Perseo suplicó á Paulo Emilio que le evitase la humillación de ser llevado tras el carro triunfal: *En tu mano está*, le contestó el romano; pero no tuvo el rey vencido ánimo para matarse. Languideció algunos años en húmedos y sombríos calabozos, y dícese que al cabo sus guardas se entretuvieron bárbaramente en quitarle el sueño, hasta que exhausto, murió. Uno de sus hijos arrastró humilde vida en Alba, primero como tornero, y luego fué escribiente de los magistrados de esa ciudad.

Roma castigó después de la caída de Perseo á los que habían sido auxiliares de éste, y á los que se mostraron poco celosos ea combatirle. Los rodios fueron despojados de los distritos carios y licios que les habían tocado en el reparto del botín sirio y de sus antiguas posesiones de Caunos y Estratonicia. Mil patricios aqueos fueron desterrados á Italia, de los cuales sólo trescientos regresaron á la patria al cabo de diez y ocho años. Eumenes, reo de momentánea vacilación entre Perseo y Roma, fué tratado con altivo desprecio. Prusias, de Bitinia, se presentó en persona ante el Senado, y de hinojos en la puerta de la curia exclamó: "*Aquí teneis, oh númenes conservadores, á un liberto vuestro, pronto á obedecer vuestras órdenes.*" Tanta abyección le conservó la corona. Otras miserias presenció Roma entonces, fomentando su orgullo insolente que había de arrollar en lo futuro la independencia de los pueblos y la vileza de los reyes.

TERCERA GUERRA PÚNICA; DESTRUCCIÓN DE CARTAGO (149-146). —Masinisa, rey de Numidia y fidelísimo amigo de los romanos, abusó cruelmente de la situación favorable en que le había colocado *la paz de Escipión*. No satisfecho con ceñir por todas partes al Estado cartaginés, ambicionaba la posesión de la misma Cartago para hacer de ella la capital de sus dominios, y en espera de una coyuntura oportuna no cesaba de molestar á sus quebrantados vecinos, seguro de hallar constante apoyo en la recelosa política romana. Así era en efecto: las continuas querellas entre Masinisa y Cartago se llevaban al Senado romano, el cual nombraba comisionados que se dirigían al Africa, oían á las partes, y regresaban á Roma é informaban en contra de Cartago.

Uno de estos comisionados fué Catón, el romano más influyente de la época, quien notó con gran disgusto el esplendor que había recobrado Cartago, después de la *paz de Escipión*. Volvió resuelto á predicar la destrucción de la vieja enemiga de Roma, y desde entonces, en todos sus discursos ante el Senado, cualquiera que fuese el asunto, terminaba diciendo: «*Opino, además, que es preciso destruir á Cartago.*»

Mientras que diariamente oía Roma el fatídico *Delenda Carthago*, el nonagenario Masinisa hostilizaba con mayor furia á los cartagineses quienes se vieron obligados á declararle la guerra (150). Roma intervino entonces, reprochando á Cartago la violación de los últimos tratados, y diciéndole, por medio de sus embajadores, que se dispusiera á recibir el castigo (149). En seguida declaró la guerra y envió al Africa un ejército al mando de los cónsules Manilio Nepote y Lucio Marco Censorino. Aterrados los cartagineses, se humillaron hasta la súplica y estuvieron conformes en pasar por las más duras condiciones, pero cuando los cónsules les intimaron que desocupasen la ciudad porque el Senado había resuelto que fuese destruida, avergonzáronse de sí mismos, convirtióse su terror en ira imponderable, corrieron á las armas y juraron morir por la patria. Hombres, mujeres y niños cubrían las murallas y rechazaron siempre los asaltos de las terribles legiones.

El patriotismo de los cartagineses frustró por entonces la táctica y el valor romanos; la guerra se prolongó dos años más, y Cartago se sintió animada de la más noble esperanza que puede abrigar un pueblo agonizante: la de caer con honor. Roma, por su parte, confió el mando de sus armas [147) á un hijo de Paulo Emilio, el joven Escipión Emiliano, que descendía también del vencedor de Zama, y que como éste, ilustraría su nombre en tierras africanas. El nuevo general entró al fin, á fuego y sangre, en la infelice Cartago (146). Los defensores de la ciudad pelearon de calle en calle, de casa en casa, y llenaron con sus cadáveres el suelo de la patria moribunda. De setecientos mil habitantes que tenía Cartago sólo sobrevivieron treinta mil hombres y quince mil mujeres que fueron llevados cautivos y repartidos por las provincias itáli-